al marchar con su disfraz, le entregó una carta para su madre, se adelantó hasta el puerto de Bretaña, en donde debía embarcarse, y llegó sin novedad á Escocia.

Al cabo de ocho días de inútiles correrías, Douglas volvió á París, clamó contra la violación del derecho de gentes con una audacia y una impudencia sumas. Por su parte, lord Stairs fué á quejarse también de dicha violación, pero habiéndole enterado del plan con todos sus detalles, vió que lo mejor era callarse; y consintiendo en dejar en tal estado la obra empezada, se le volvió á sus dos asesinos detenidos en Nonancourt.

Douglas ufano con el apoyo de lord Stairs, se quedó algún tiempo en París haciéndose ver con esmero en las fiestas y teatros. Pero como el regente no le recibía, ya, y como los hombres de bien le cerraron sus puertas, desapareció para no volver más.

La reina de Inglaterra mandó llamar á Saint-Germain á Mad. l'Hopital, le dió gracias, la lisonjeó como merecía, y acabó dándola su retrato con las mayores protestas y la más profunda convicción de que había cumplido con su deber. Esto fué todo lo que sacó de su buena acción. Murió ama de la casa de postas de Nonancourt.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO VI

El Luxemburgo. — La guardia de Madame, la duquesa de Berry. — El conde de Riom. — M. de Lauzún y su sobrino. — Los timbales. — Los palios. — El cochero de M. de Conti. — La vida de Felipe II desde que fué regente. — Mlle. de Sery. — La Florencia. — La Desmarets. — La de Usé. — Mad. de Averné. — Mad. de Sabran. — Mad. de Phalaris. — Mad. de Parabere. — Las ruedas. — Brancas. — Broglie. — Canillac. — Nocé. — Rabannes. — Brissac. — Las cenas del palacio real. — El consejo Ibagnete. — Chirac Noel. — Canción. — Epigrama que se imputa al joven Arouet de Voltaire. — Negativa de éste. — El cura párroco de San Cosme.

En tanto que el joven rey de regreso de Vincennes á las Tullerías, creció bajo el cuidado de Mad. la duquesa de Ventadour, mientras que las ejecuciones contra los malversadores continuaban, mientras que Law ponía los cimientos de su sistema, mientras que Dubois solicitaba en Londres la firma del tratado de la triple alianza; en fin, mientras que Jacobo III, libre del asesinato en Nonancourt, intentaba reconquistar el triple trono de sus padres, París se reponía de la agitación que había sufrido, el duque de Orleáns, libre de un trabajo extraordinario, vuelve á tomar su vida acostumbrada, y Mad. la duquesa de Berry, su hija primogénita, se lanza á aquella alegre existencia, que en aquella época de vertiginosa disolución, la valió de los

historiadores y analistas el que se haya hecho de ella particular mención.

Mad. de Berry, á consecuencia de sus disputas con la duquesa de Orleáns, su madre, y para gozar de más libertad en sus acciones censuradas continuamente en el palacio real por la princesa Palatina, su abuela, había solicitado del regente el permiso de habitar en Luxemburgo que como buen padre la concedió al momento.

Apenas llegó allí, cuando todos sus instintos físicos se desarrollaron.

Su primer capricho fué el de tener una compañía de guardias.

El duque de Orleáns, que no sabía rehusar nada á su hija querida, se la concedió, pero al mismo tiempo quiso que su madre la princesa Palatina tuviese también otra.

Cosa muy seria era para Mad. la duquesa de Berry la elección de los hidalgos que debían componer esta compañía, y que adictos á su persona habían de estar continuamente á sus órdenes de día y de noche.

Era cosa muy importante la elección del capitán, teniente y subteniente.

El destino de capitán se concedió al caballero de Roye, marqués de La Rochefoucault. El de subteniente, al caballero de Courtaumer.

Quedaba el de teniente.

Una mañana que Mad. de Pons, azafata de la duquesa de Berry, presidía el tocador de la princesa, la pidió esta tenencia para M. de Riom.

— ¿ Quién es ese M. de Riom ? preguntó la princesa indagando en su mente á qué fisonomía podría corresponder este nombre.

— Os diré, señora, que es un arrogante hidalgo, el

menor de la casa de Aydie, hijo de una hermana de M. de Byron, y por consecuencia, sobrino de M. de Lauzún.

— No os pregunto eso, querida mía; sabéis que me gustan las cosas agradables, las personas bien formadas : ¿ qué tal presencia tiene ?

— La que debe tener un militar, señora, es un hombre de cinco pies y tres pulgadas, ancho de pecho, y de pierna bien formada.

— ¿ Y su cara ?

— Fuerza es confesar á V. A., que M. de Riom no es precisamente lo que se llama un buen mozo, pero si un hombre fuerte.

— Está bien, podéis hacer que venga el conde á París para verle.

Mad. de Pons, como se supone, escribió al momento á su primo, que por su parte vino al instante.

Esta había hecho muy bien en no alabar demasiado la fisonomía de M. Riom.

— Era, dice Saint-Simón, un hombre mofletudo, pálido, que lleno de granos en la cara, se parecía á una postema.

Tenía solamente el conde de Riom, hermosos dientes, era amable, fino, respetuoso y buen muchacho ; nunca pudo imaginarse que pudiera inspirar una pasión cualquiera que fuese, y así cuando conoció que la princesa le había tomado inclinación se sorprendió de tal manera por su fortuna, que corrió á casa de su tío M. de Lauzún.

Éste, por la confianza de su sobrino, retrocedió á aquellos hermosos días de su juventud, cuando aquella gran señorita sentía por él lo que Mad. de Berry parecía que muy pronto debía sentir por su sobrino. M. de Lauzún era un viejo de 84 años, fresco, con grandes

recuerdos, y que á pesar de su edad tenía aun dos pequeñas casas, la una en Chaillot que frecuentaba mucho, y la otra en Passy; esta última fué la que prestó, como ya hemos dicho, á Jacobo III.

El duque reflexionó un instante, y después viendo que se remozaba en el hijo de su hermana.

—¿ Me pides un consejo? le dijo.

— Sí, tío.

— Pues bien, es preciso que hagas lo que yo he hecho.

—¿ Y qué es lo que he de hacer?

—Es necesario parecer humilde, complaciente, respetuoso, esto antes de ser el amante de la princesa, pero desde el momento en que lo seas, fuerza es mudar de tono y de maneras, mandar como amo, y tener los caprichos de una mujer.

— Pero, tío.....

— Las princesas están acostumbradas á que los amantes sean esclavos, de tanto en tanto, necesitan un hombre que las sujete; al que cede lo aplastan, al que resiste lo apoyan. Créeme, Riom, conozco á estas señoras, he visto pasar tres generaciones, y he adquirido lo convicción de que las hijas de Francia *exigen que se las trate con el palo levantado.*

Riom bajó la cabeza ante aquella vetusta experiencia y se retiró.

El consejo parecía tanto más extraño, cuanto que el vicio dominante de la duquesa de Berry era el orgullo.

Apenas tuvo ya la guardia que la concedió el regente, se divertía atravesando París, con timbal batiente, y siguiendo por el muelle de Tullerías cuando el rey estaba allí: pues el tocar timbales era un privilegio real.

Al día siguiente el mariscal Villeroy fué á quejarse

al regente, quien aseguró que esta imprudencia se había cometido sin su permiso, y le prometió que mientras el rey permaneciese en París, no se oirían más timbales que los suyos.

El regente cumplió su palabra.

La duquesa de Berry se consoló entonces haciendo otra nueva tentativa.

Fué á la comedia y en su palco puso un dosel, cuatro guardias en el teatro, otros cuatro en el patio y la arengaron los cómicos, que era otro privilegio real que usurpaba además.

Nuevo rumor, otra reclamación, otra orden expresa del regente á su hija para que se limitase á gozar de los privilegios de los príncipes de sangre y no más.

Aun había más, la duquesa de Berry había formado una queja particular de nuestro príncipe de Conti, ese lindo jorobado del que hemos tenido ocasión de ocuparnos al principio de esta obra.

Yendo un día á la ópera, los guardias de la duquesa de Berry detuvieron el coche de M. de Conti que iba á llegar, y al resistirse el cochero le maltrataron estando el príncipe dentro de él.

Los dos ilustres personajes no tenían razón.

Los príncipes de sangre real, según la etiqueta, debían pararse al pasar los hijos del rey, lo mismo que con las hijas, esto era incontestable.

No negaban los príncipes abiertamente esta obligación, pero para sustraerse evitaban cuanto podían el encontrarse.

El príncipe de Conti no tuvo razón, en no detenerse de motu propio.

Por otra parte los guardias de la duquesa de Berry habían hecho mal en pegar al cochero del príncipe estando dentro del carruaje.

Se quejó éste á M. de La Rochefoucault, capitán de guardias, por aquella falta de respeto, y éste lo rechazó.

M. de Conti se vió obligado á acudir al duque de Orleáns, quien exigió de su hija que invitase á aquél á que fuese á su casa.

M. de Conti fué, se quejó, y pidió que el que más particularmente maltrató á su cochero fuese arrestado, quedando libres los otros, mediante el castigo aplicado á aquél.

La duquesa de Berry respondió, que puesto que el príncipe de Conti exigía que el guardia fuese arrestado, que iría; pero que le suplicaba que fuese por el menos tiempo posible, lo que prometió el príncipe.

Efectivamente, salió al día siguiente de su arresto, por haberlo así pedido M. de Conti.

Todos se admiraron, y el regente el primero, al saber que la duquesa de Berry tenía un amante que la trataba á la baqueta.

El duque de Orleáns mandó llamar á Riom, y convinieron ambos en que las quejas de este último no tuviesen nunca por objeto las visitas de día y noche que hiciese la duquesa de Berry al palacio real, ni las del regente al Luxemburgo.

Riom bajó la cabeza y respondió que era muy justo que una hija fuese á ver á su padre, ó que un padre fuese á ver á su hija, adonde y como el uno y el otro quisieran,

El regente vió que Riom era juicioso y lo despidió con benevolencia.

Desde que era regente, veamos cuál fue la vida de Felipe II durante el primer año de la regencia, es decir, mientras la época de que nos ocupamos en este momento; el duque de Orleáns activo en el trabajo,

como todos los hombres de imaginación y de energía, había destinado una hora fija para cada ocupación. Principiaba el trabajo solo, en su cama antes de vestirse, recibía gente al levantarse, que era brevemente siempre, siguiendo ó precediendo las audiencias, que le hacían perder mucho tiempo; los presidentes de los consejos le ocupaban sucesivamente hasta las dos; á ésta hora, en lugar de la comida á la que había renunciado casi completamete, tomaba el chocolate; en seguida M. de La-Urilliere acordaba con él; después Le-Blanc, de quien se servía para él; luego los que venían á hablarle de la bula, de la que trataremos pronto; y á quien apellidaban la *Constitución*; después M. de Torcy, con quien abría las cartas y al que le confirió más tarde la dirección de correos; luego M. de Villeroy, aunque para nada servía más que para *piafar* ó gallardar, como dice Saint-Simón; luego una vez á la semana los ministros extranjeros, y algunas veces los consejos.

Los domingos y fiestas oía la misa en su capilla.

Después del chocolate, destinaba media hora para la duquesa de Orleáns su mujer, y otra media á la princesa Palatina, cuando vivía ésta en el palacio real, es decir, en el invierno, porque el verano lo pasaba en Saint-Cloud.

Algunas veces por la mañana antes del trabajo, y otras por la tarde cuando este se había acabado, iba á ver al rey. Entonces había diversión para Luis XV, porque casi siempre le llevaba algún lindo juguete, ó le contaba alguna historia divertida, siendo causa que esperara con impaciencia la visita próxima. Nunca se separaba el príncipe del rey sino después de muchos homenajes y señales del más profundo respeto.

El día en que no había consejo, la jornada se con-

cluía á las cinco de la tarde, y á contar desde este momento no se trataba más de negocios, sino de ir á la ópera ó al campo, y de cenar bien en Luxemburgo ó en el Palacio Real.

Eran aquellas famosas cenas tan cacareadas, y de las que á nuestra vez vamos á decir algo después de haber hablado de los convidados que asistían diariamente.

Entre ellos se contaban en primer término las amigas íntimas del regente, después sus compañeros de diversiones, á los que dió el nombre de *enrodados*, nombre que adoptó la crónica escandalosa de aquel tiempo, y trasmitió á la posteridad como si hiciera honor á la sagacidad del ilustre padrino.

Algunas veces iba el abate Dubois cuando su salud se lo permitía.

— Mi hijo, decía la princesa Palatina, tiene muchas cosas del rey David: entre ellas talento y corazón; es músico, valiente, y no le disgusta el bello sexo.

Según hemos dicho, el duque de Orleáns había hecho la corte á la reina de España; pero en honra de la verdad tuvo un hijo de Mlle de Sery, otro de la Florentina, bailarina de la ópera; otro de la Desmarets, actriz de la comedia francesa, y en fin, había tenido también amistad con una Mlle. de Usé, cantatriz de la Academia real de música.

Esta última murió joven, y al morir se supo que ni ella, ni su madre, ni su abuela, habían sido casadas.

La Florentina, la Desmarets, y la de Usé fueron caprichos pasajeros; Mlle de Sery inspiró al regente un cariño más serio, y fué condesa de Argentón.

En la época de que hablamos su mayor apasionada era Mad. de Parabere; no siendo esto un obstáculo para que el duque de Orleáns tuviese al mismo tiempo,

aunque por pasatiempo, á Mad. de Averne, á Mad. de Sabran y á la duquesa de Phalaris.

La de Averne era mujer de un teniente de guardias. Los devaneos de ésta y del regente databan desde una función que dió la mariscala de Estrées, y en la que la de Averne presentó al príncipe un cinturón para la espada con estos versos.

Á la madre feliz de los amores
Un ceñidor las gracias fabricaron,
Con cuyo talismán, adoradores
Á la diosa por siempre aseguraron.
De las mismas manos bellas
Salió un ceñidor flamante
De Venus para el amante.
Marte, experimentó mil sensaciones.
Venus que le hizo el don no fué engañada,
Por eso desde entonces los varones,
Siempre se han decidido por la espada.
Las gracias que por vos tienen locura
Otros os han hecho de la misma hechura...
¡ Ah !... que no alcance yo por mis enojos
De los dioses, tal prenda de hermosura,
Para poder tenerla á vuestros ojos...

Mad. de Averne no tenía necesidad de tal cinturón, era una hermosa joven llena de gracia, con los cabellos rubios y sedosos, los más bonitos del mundo, una tez de una blancura extraordinaria, un talle que se encerraba en una mano, una voz delicada y argentina, á la que daba más gracia cierto acento de provincia; su fisonomía viva y movible era encantadora, cuando se animaba y cuando en un suave y tierno desvarío se eclipsaban sus ojos azules con cierto vapor húmedo, cuando su boca fría y abrasadora á la vez dejaba entrever por la pequeña separación de sus labios un hilo de

perlas, no parecía una mujer, era el genio de la voluptuosidad.

Mad. de Sabrán que tan joven como era tenía ya las disposiciones que más tarde formaron su galante reputación, se escapó de entre las manos de su madre para casarse con un hombre de gran nombradía pero sin bienes de fortuna; este casamiento le dió cierta libertad, que era todo lo que apetecía.

Era una hermosa mujer, pero una belleza agradable y penetrante á la vez, muy natural en sus maneras, insinuante, espiritual, algo licenciosa, tal, en fin, como era preciso que fuese para que gustase al regente. Éste la hizo su ama de casa con dos mil escudos de renta, que sabía cobrar muy bien por sí misma.

Ella fué la que en una de las cenas del regente se atrevió, con gran satisfacción de los convidados, á pronunciar aquel aforismo que tanta celebridad adquirió.

« Después de haber formado Dios al hombre, tomó lo que quedaba de barro, con el que amasó el alma de los príncipes y de los lacayos. »

Mad. de Phalaris era una mujer alta, seria, siempre con aire de mal humor, adornada con plumas, preciada de su favor en la corte, gazmoña, y afectando máximas en las que nadie creía más que ella.

En cuanto á Mad. de Parabere, la favorita que el príncipe llamaba su cuervecillo negro, era pequeña como lo indica su sobrenombre, graciosa, esbelta, atrevida, y dispuesta á replicar, bebía y comía á las mil maravillas, y por todas estas cualidades y otras que no mencionamos, dominaba casi al regente, en las cosas de familia y de poca importancia.

Pero todas estas mujeres tuvieron poca influencia con Felipe, quien ni se arruinaba por ellas, ni las permitía tampoco tomar parte en ninguno de los negocios de estado.

Cierto día Mad. de Parabere insistió en que el duque de Orleáns la hiciera sabedora de no sé qué proyecto político, y el duque la agarró por la mano y llevándola delante de un espejo:

— Señora, la dijo, miraos en ese espejo y decidme si á ese palmito se le ha de hablar de negocios, ó de amor.

Los enrodados de Monseñor eran sobre todo el duque de Brancas, el marqués de Canillac, el conde de Broglie, y el conde de Nocé.

Brancas, nacido para los placeres y un completo epicúreo pasaba su vida superficialmente sin aceptar de ella ninguno de los deberes que turbasen su egoísmo, ni los pesares que distrajeran su pereza.

El regente apenas abría la boca para hacerle una confianza cuando,

— Chitón, monseñor, decía, jamás he sabido guardar mis propios secretos, mal podré guardar los ajenos.

¿Se le quería hablar de los negocios de estado?

— Es excusado, contestaba, me fastidian los negocios, y la vida no es más que para divertirse.

Le rogaban sus amigos que pidiese alguna gracia al príncipe.

— Es inútil, decía Brancas, disfruto mucho favor, pero no tengo crédito.

Por último, al cabo de dos ó tres años de una vida semejante le remordió á Brancas la conciencia, se hizo devoto retirándose al monasterio de Bec; le escribió al duque de Orleáns excitándole á retirarse del mundo y hacer penitencia con él.

El duque le contestó con el refrán de una canción de moda entonces.

Filis, vuelve en favor de tu belleza,
Yo te perdonaré tu ligereza.

Brancas era uno de los más buenos mozos de la corte; después de éste, seguía Canillac.

Era Canillac capitán de una compañía de mosqueteros del rey; su presencia era agradable, cautivaba su talento, cortesana su conversación, hablaba con una facilidad particular y graciosa, aunque mordaz y sarcástica; amante de los placeres y de la comida, fingía una austera rigidez de la que algunas veces se reía él mismo.

Tan luego como el banco de Occidente principió á experimentar dificultades en sus negocios, dijo Canillac á Law:

— Señor Law, yo hago billetes y no los pago, me habéis robado mi sistema.

El duque de Broglie se parecía á un mochuelo y á un mono á la vez; jugador, libertino, acribillado de deudas pasaba su vida en los garitos, lo que le tenía distraído de día; pero por la noche con el vaso en la mano, chispeaba su conversación como la espuma del licor que llevaba á los labios con tal frecuencia, que admiraba á los más serios convidados; entonces tenía esas chanzas sin fin, y sacaba aquellas canciones que transforman una comida en una orgía.

Nocé era alto y moreno, ó más bien como decía la princesa Palatina, verdi-negro y amarillo; tenía muy buenas maneras y suma impertinencia, su talento sobresalía en sátiras amargas, contrastando notablemente; educado con el regente, de quien su padre había

sido el teniente de ayo, tenía una gran influencia con él. Cuando el regente salía por la noche, era siempre con Nocé.

Los demás convidados de costumbre eran Ravannes, que ha dejado recuerdos curiosos de aquellas cenas, de las que hablaremos, y Cossé de Brissac, caballero de Malta, que usaba aun en las orgías más furibundas los modales caballerescos de sus padres.

Con esta clase de hombres y mujeres se reunía algunas veces la duquesa de Berry hasta las diez de la noche, hora en que el regente se recogía á su aposento. Entonces cerradas ya las puertas, poco importaba que París ardiese, que la Francia se sumergiera, y que el mundo se desplomara: había orden absoluta de no molestar al regente.

Lo que sucedía en aquellas reuniones, es fácil presumir de la locura de gentes embriagadas, ricas y poderosas: serían aquellas cosas que cuenta Petrone, y que sueña Apuleyo.

El regente tenía un criado, hombre de bien, que vió nacer al príncipe y al que había hecho éste conserje del palacio real. Se llamaba Ibagnete, quería apasionadamente á su señor, hablándole con la franqueza de un antiguo servidor.

El regente le tenía cierta consideración, y no se hubiera atrevido nunca á encargarle ninguna de aquellas vergonzosas comisiones que sus ministros ó sus enrodados cumplían espontáneamente. Por la noche Ibagnete con una palmatoria en la mano acompañaba á su señor hasta la sala donde se celebraba la orgía; y allí se paraba. Un día el duque de Orleáns lo instó á que entrase, pero el buen hombre meneando la cabeza:

— Monseñor, le dijo, mi obligación da fin aquí. No quiero estar en compañía de gente tan depravada.

Esta vida que el regente llevaba era tan perniciosa, que Chirac su médico de cámara, cada vez que era llamado para asistir al príncipe, nunca dejaba de exclamar:

— ¡ Oh, Dios mío! ¡ ha tenido algún ataque apoplético!

Por entonces fué cuando á fuerza de ruegos consiguió Chirac del regente que se abstuviese de la comida que hacía á las dos, substituyéndola con una sola taza de chocolate ; pero á esta taza de tal manera la cargaba de ámbar, que en lugar de ser salutífera, le era sumamente dañosa. El duque de Orleáns creía que el ámbar era un excelente afrodisiaco.

No era la medicina solamente la que hacía estas advertencias al regente, las coplas satíricas, los epigramas y los villancicos, llovían en su alrededor, dimanaban sobre todo de hallarse en cinta la duquesa de Berry, de cuyo estado no dejaban de culpar al duque de Orleáns. Citaremos algunos trozos de poesía que pintan mucho mejor de lo que pudiéramos hacerlo (si nos atreviésemos), el espíritu licencioso de aquel tiempo.

VILLANCICOS DE LA REGENCIA

I

Toda la corte de Francia,
Los grandes y los pequeños,
Del gran Dios del Paraíso
Celebran el nacimiento;
Con ellos á Belén marcha el regente,
Pero viendo al angelón
don.... don.....

Dicen.... y por él se ha. ...
la..... la.....
Fiesta tan resplandeciente ?.....

II

Dirigiéndose á María,
Dijo al verla tan graciosa :
Por esta noche os suplico
Me deis de cenar, señora.....
La de Berry honrará la cabecera,
Cogeremos un chispón. ...
don..... don. ...
Nocé también estará
la..... la.....
Mas sin la Paraberá.

III

La fecundísima Berry
Entraba en meses mayores,
Con corazón pesaroso
Y humildes demostraciones
Dijo : no tendré las costumbres tan gallardas
No querré más que á Riom
don..... don.....
Y alguna vez al papá
la..... la.....
Por aquí yo... mis guardias..... por allá.....

IV

Al ver la sumisa ofrenda
De los magos del Oriente,
Dijo Law.... ella es muy grande
Para un niño como éste.
Mío es el incienso, asaz de este festejo,
El oro en buena porción
don..... don.....
Bien en mi bolsa se está,
la..... la.....
Con que..... la mirra le dejo.

V

Al orgulloso Argensón
Vano con su nuevo grado
La nariz del infanzón (1)
Le ha servido de descanso.
Para el reino regir, tengo osadía,
Que astuto y sin compasión,
don..... don.....
Sabré regentar acá
la.... la.....
Igual que á la policía,

VI

Para ahuyentar en la iglesia
Toda extraña diversión,
Aceptemos sin demora
La santa constitución.
Derroquemos, señor, el jansenismo,
Porque esta es una facción
don..... don.....
Que merecido le está
la..... la.....
Mucho más que al calvinismo.

VII

En tí mi querido dueño,
Dijo Noailles con mal tono,
Quiero yo reconocer
La infalibilidad, solo,
Que si el señor Clemente su vicario

(1) Se notará que nos anticipamos algunos meses, porque después de haber sacado estos villancicos, acababa de ser nombrado Argensón guarda-sellos, y Dubois venía de Inglaterra.

La toma en tal diapasón,
don..... don.....
Y si mas no explica ya
la.... la.....
Se puede ir á hacer el vario....

VIII

El embajador Dubois
Con audacia y celo ardiente,
Apercibió á los monarcas.
Se asusta el buey, los asnos retroceden,
Y al dar su nombre el simplón,
don.... don.....
Exclamó un cualquiera..... ¡ ha !
la.... la.....
Pues si es Dubois, que le quemen.

No hemos puesto siete ú ocho coplas más, por no tener significación alguna.

Vaya otra canción que se cree ser de Panard ó de Deauquers por su verbosidad.

I

No hablemos más de política
pues nada importa,
Que mande la república
mientras se goza.
Que haya paz, que haya guerra
yo nada sé,
Pues mientras tenga vino
todo vá bien.

II

Que si de la Regencia,
al autorizado,
O bien que el parlamento
sea consultado ;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625-MONTERREY, MEXICO

Que alcen á los indignos
en altos puestos
Me es igual, si las viñas
dan de lo añejo.

III

Que si la ignorante audacia
dando la ley,
Quiere regir la hacienda
del joven rey;
Que el tribunal supremo
sea justo ó no,
Cada uno ama su cosa,
mi frasco yo.

IV

Que el bando jansenista
sea el mayor,
Que los cómodos molinistas
caigan con baldón;
Y que Quesnel nos pruebe
el amor divino,
Á todos doy mi voto,
en teniendo vino.

V

Que de la ley en contra
haya cien plumas,
Que todo ande en desorden
por una bula,
Que sin temor Clemente
arriesgue su fe.....
Yo de todo me burlo
mientras bebo bien.

VI

Que sea un papa infalible
según Bellarmin,

Que sea hombre reprensible
según Dupin,
O que la Biblia glose
como soberano.
Va bien mientras yo tengo
vino en la mano.

VII

Quel el vano Roan despierte
todo arruinado
Y que se asombre Bussy
de estar pelado,
Que Tallier se amilane
de extremo á extremo,
Yo no pienso entre tanto
más que en lo añejo.

VIII

Que las manos de Ignacio
amen el fraude,
Y que contra San Pablo
hable y más hable ....
Que la eficacia dude
de San Agustin,
Mientras tenga botellas
¿ qué me importa á mi ?

IX

Que al recaudador preso
le lleve Luzbel,
Que en la plaza de Greve
salte Bourbalais,
Y cuelguen de otra cuerda
á su compañero,
Me es igual mientras tenga
yo de lo bueno.

X

Que el normando en galeras
maneje el remo,
Y de Argensón las uñas
no hallen ya cebo;
Ó que abone las tierras
de ese Mont-Faucon,
Mientras todo esto pase,
beodo sigo yo.

Pero entre todas estas canciones y epigramas la que más hirió al regente fué la que sigue:

Ya vuestra alma se ha curado
De los temores del pueblo,
Bella duquesa de Berry,
Acabad tanto misterio.
Si otro Loth, supo venceros
Madre de los moabitas,
Á Dios gracias va á trocarnos
En un pueblo de ammonitas.

El regente mandó que se inquiriese, cuál era el autor de esta coplilla. Se supo que era un joven llamado Arouet de Voltaire. La orden para prenderlo se extendió cuando llegó Brancas con la siguiente denegación firmada por él.

Nunca, monseñor, mi musa
Alegre, cantó jamás
Ammonitas ni moabitas;
Brancas os responderá,
Que un hombre que aprendió en los jesuitas,
De aquellos pueblos de la antigua ley
No reconoce más que sodomitas.

El regente se echó á reir y recogió la orden de prender al poeta, quien dió las gracias al príncipe y compuso el *Edipo*.

El cura párroco de San Cosme quiso también tener parte en aconsejar al rey, componiendo un sermón en el que presentaba un cuadro cuya aplicación era muy fácil de conocer.

El príncipe lo supo.

— ¿Por qué diablos se mete M. Godeau en lo que no le importa? dijo, yo no soy de su parroquia.